

Clausura del congreso

Conference closing

Esteban Fernández-Cobián, Xan Rodríguez González y Luis Quinteiro Fiuza

Sábado, 14 de noviembre de 2009

<https://doi.org/10.17979/aarc.2009.2.1.5045>

ESTEBAN FERNÁNDEZ-COBIÁN

Coordinador del Congreso

Antes de cederle la palabra a Xan Rodríguez, presidente de la Delegación de Ourense del Colegio Oficial de Arquitectos Galicia, y a monseñor Quinteiro Fiuza, obispo de Ourense, quisiera agradecer a todos vuestra participación activa con vuestras ideas y vuestras reflexiones. Y me gustaría también recordar aquí que no todo lo que se ha dicho en este congreso se ha podido exponer en la sala. Ha habido comunicadores que han presentado sus ponencias en papel, cuyas reflexiones se verán reflejadas en las actas. Arquitectos e historiadores del arte de todo el mundo que han presentado temas tan interesantes como la arquitectura interconfesional, las iglesias móviles hinchables o las que se están construyendo ahora mismo en centros comerciales como una manera de acercar el culto a los fieles.

A propósito del texto introductorio del congreso, entiendo la identidad cristiana como una aspiración a la perfección. Una aspiración a la belleza global de la persona y de la sociedad, siguiendo la definición clásica de que la belleza no es otra cosa que el resplandor de la verdad.

Confieso que esta mañana me he sentido emocionado por alguna de las imágenes que ha presentado Javier Viver, y además sé que no he sido el único. En ese sentido, pienso que la celebración de la fe católica —la celebración de la fe cristiana en general— ha de llegar a ser

una obra de arte. Y ha de ser una obra de arte en dos sentidos. En primer lugar, en su dimensión interior. Creo que ser cristiano no es otra cosa que convertir la propia vida en una obra de arte, en una ofrenda, en una búsqueda de la perfección. Es un proceso largo, arduo, con altibajos, como el de cualquier artista que realiza algo importante. La segunda dimensión es la formal. En la celebración de la fe todo tiene que reflejar la belleza de esa fe. Las celebraciones han de efectuarse con rigor, para que pongan en juego todos los sentidos; pero no sólo los sentidos, sino también la razón. Han de ser celebraciones que comuniquen *desde* los sentidos, pero también desde un punto de vista profundamente intelectual.

Además, como conclusión de estos tres días de estudio, os animaría a participar en una serie de foros que, cada vez con más intensidad, se están abriendo en todo el mundo. Todos recordamos las revistas benedictinas que activaron la discusión sobre el arte y la arquitectura sacra en el siglo XX. En España tuvimos la oportunidad de contar con la revista «ARA», impulsada por el padre Aguilar, y recientemente —aunque está un poco desaparecida— con la revista «Ars Sacra». Ahora mismo, pienso que el debate está centrado de manera muy intensa en Italia, con másters de construcción de iglesias; en Alemania, donde se discute este tema cotidianamente; y sobre todo en Estados Unidos. Estados Unidos es un país en ebullición en lo que se refiere a la

arquitectura sacra. Quisiera recordar algunas revistas interesantes en las que podéis colaborar, o al menos consultar: «Chiesa Oggi» en Italia, «Das Münster» en Alemania, o «Sacred Architecture» y «Faith and Form» en Estados Unidos. También existen —por supuesto— foros en internet, blogs, manifiestos, etc.

Y por expresa sugerencia del profesor Schloeder, quisiera sugerirles algo. Una serie de arquitectos, artistas y teólogos de todo el mundo, han redactado una petición expresa al Santo Padre para que, de alguna manera, impulse una renovación, una actualización, una potenciación del arte y de la arquitectura religiosas (<http://appelloalpapa.blogspot.com>). Es un texto de unas ocho páginas que podéis leer en internet y meditar sobre él. Y si lo consideráis oportuno, suscribirlo.

Sin más, cedo la palabra a Xan Rodríguez.

XAN RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

Presidente de la Delegación de Ourense del COAG

Voy a tratar de ser breve, porque a estas horas la gente ya empieza a estar cansada. Se han dicho muchas cosas en este congreso, una de ellas se ha quedado por ahí, flotando. No quiero decir que sea la más interesante, pero a mí me lo parece: entender la liturgia como arte total. Hay un debate en el cual, poco a poco, parece que nos vamos desplazando hacia otras cuestiones que posiblemente quedarán para próximos congresos. Como «director de orquesta», el arquitecto reivindica —tiene que hacerlo— la comunión con la creación artística, que puede seguir considerando a los santos como imágenes estáticas o idear nuevas tecnologías dentro de nuestros templos.

Es verdad que esta sociedad camina de forma metéorica hacia nuevos conceptos nunca vistos. Por eso, quiero destacar la gran riqueza del congreso, una riqueza que se va desarrollando tanto en el ámbito de los ponentes como en los comunicadores, que con su presencia nos enriquecen de una manera muy grande.

Este ha sido un lugar de encuentro, un foro. Con una magnífica entrega de gentes, de técnicos y de artistas de varias naciones. No están todas las naciones, pero sí que hay una representación de varios pueblos del orbe católico y ortodoxo que justifica esa denominación de internacional. Porque a veces se habla de *internacional* con cierta ligereza, con ampulosidad, para darle al evento una distinción que no tiene. No es el caso.

Desde el punto de vista que tratamos aquí, noto que los temas que giran alrededor del espacio sagrado algunos todavía los consideran como secundarios o marginales. Y yo creo que tienen un gran valor, no sólo en sí mismos, por lo que representan, sino como campo de experimentación arquitectónica, artística y/o plástica, como se ha visto en los ejemplos de hoy.

Quisiera también destacar, un poco continuando con lo que dije el día de la inauguración, esa comunión que se percibía en el congreso anterior entre los ponentes y los asistentes en general. Esa comunión que yo creo que ha vuelto a funcionar aquí. No puedo decir si con la misma intensidad que en el primer congreso, pero sí que se ha notado. Yo, por lo menos, la he percibido, de tal manera que al final casi terminamos formando como una gran familia.

Darle las gracias a la organización en general, a las instituciones que nos han apoyado y que han colaborado con nosotros, y ya particularmente a las tan felicitadas traductoras, a las azafatas por supuesto, al inestimable esfuerzo de la responsable de la Comisión de Cultura, Emma Noriega, que ha realizado funciones que no son precisamente del cargo, lo cual es muy de agradecer; yo desde aquí, le reitero mis felicitaciones. Por supuesto a Esteban Fernández-Cobián, que es el «alma mater» del congreso y a nuestro obispo, don Luís Quintero, sin el cual esto no hubiera sido posible.

Y que si Dios quiere, continuemos por este camino y que haya un tercer congreso, para poder encontrarnos aquí.

LUIS QUINTEIRO FIUZA

Obispo de Ourense

Saludo de nuevo a todos ustedes, con todo el afecto, con todo el cariño. Y permítanme que comience mi intervención con una expresión de gratitud al Señor, con palabras que me gustaría que hicieran también suyas: «Gratias agimus tibi, Domine». Acción de gracias al Señor por este encuentro de gracia y de luz.

El mayor don de este congreso —lo decía ahora Xan Rodríguez, el presidente—, es su dimensión de comunión y de gratitud. Comunión no es igualdad, sino que es la afirmación serena de la diversidad. En el primer congreso yo hacía mención del gran maestro Platón. Platón nos propuso el diálogo, no solamente como una manera de discutir, de intercambiar opiniones: nos propuso el diálogo como el ámbito esencial de

la búsqueda de *kalos kale*. Por tanto, en esa dimensión yo creo que este congreso está bien orientado.

Os habéis puesto en camino a Ourense para comparar algo que lleváis muy dentro de vuestro corazón. Vuestra inquietud por la espiritualidad y por la belleza nos han reunido en este congreso de arquitectura religiosa para afrontar el tema capital de la identidad en el espacio sagrado. Hemos escuchado ponencias y comunicaciones que han renovado nuestro entusiasmo y nuestro compromiso. Gracias a todos los ponentes por esta esperanza maravillosa que ilumina nuestras inquietudes.

Este congreso también ha sido —y de una manera muy especial— un momento de gozo. Gozo de quien está buscando con ilusión, y gozo de los que escuchamos algo que con alegría estamos buscando y sabemos que estamos en el camino. Habría que decir una vez más que la arquitectura no es el problema, sino que en este momento la arquitectura es la gran oportunidad. Lo mismo se podría decir de las demás bellas artes, especialmente de la escultura, con estas expresiones que hoy hemos escuchado tan hermosamente expuestas.

Sobre todo, yo quisiera recordar cómo este congreso nos ha mostrado que la arquitectura religiosa ha sido un ámbito de resistencia para el olvido. De una manera muy especial quiero agradecer las comunicaciones de los profesores de Serbia y Hungría, que nos han presentado espléndidamente un momento de la historia tantas veces olvidado que es esencial para la construcción de la cultura de Europa y también de la Iglesia, en su peregrinar por este siglo XXI. Es importante escuchar de ellos cómo esta arquitectura ha hecho posible que en esos pueblos se mantuviera como algo decisivo la dimensión pública de la arquitectura, que es la dimensión de hacer público lo que llevamos en el corazón.

Y también, lo que aquí se ha propuesto de la arquitectura como ámbito privilegiado de apertura de esperanza para el futuro. En este mundo en el que estamos, lleno de utilitarismo, quisiera —y no por prurito, si no porque creo que es esencial— citar aquí al gran teólogo

Von Balthasar, cuya obra conocéis: os invito a ahondar en ella. Y en el primer tomo de «Teológica» nos dice textualmente: «La belleza se desarrolla en el corazón de la realidad, en relación íntima con el problema de los valores». Permittedme que os invite a seguir juntos en este empeño, y este empeño es la belleza como camino para el encuentro con Dios y con los hombres. Pido al Señor que no nos dispersemos. Yo he dado muchas gracias a Dios estos días porque es un regalo maravilloso poder encontrar un grupo de personas como vosotros, en este ámbito de pura gratuidad y excelencia. Yo le pido al Señor que no nos dispersemos. Este es un encuentro que debe estar abierto —y está abierto— para todos: nadie debe sentirse excluido. Pero tampoco tenemos que buscar relevancias que impidan la gratuidad. Con esto quiero decir bastante. Es decir, ninguno de nosotros estamos buscando aquí —por lo menos conscientemente— nada. Y esto es muy bonito, porque la verdad, la belleza y a Dios sólo se los puede buscar así, desde la gratuidad.

Mi agradecimiento especial a los jóvenes arquitectos que estáis aquí. Me ha conmovido, me conmueve, que os acerquéis a estos foros. Nos conmueve y al mismo tiempo nos compromete.

Quiero agradecer a este Comité Científico que preside el profesor Fernández-Cobián, a Eduardo Delgado, a Giorgio Della Longa, a Mercé Gambús —que con tanta fuerza aquí ha expresado lo que ella es capaz— y a Walter Zahner. A ellos les pediría que no dejemos esto; que lo tenemos que cuidar. Porque no lo hemos pretendido. El otro día me decían: —¿Y quién ha organizado esto? Y dije: —Yo creo que unos amigos. Pero el Señor ha puesto en nuestras manos esto y tenemos que cuidarlo; y creo que es una gracia especial. No es buscar nada, es simplemente cuidar algo que ha surgido, que el Señor nos ha regalado.

Renuevo mi gratitud al Señor por todos vosotros, y os invito, como el primer día, a la alabanza. ¡Cantad un cántico nuevo al Señor!

